

Mayra Valdivieso

# VIDA e ILUSIONES

**Una muestra de seriedad y tranquilidad, en un ambiente de paz, combinado con una mirada intensa y fría que en su interior refleja humildad y sencillez, fue el recibimiento que tuve en la oficina en donde labora el padre Javier Herrán, quien a los 65 años de vida, cumple 50 años de profesión sirviendo al prójimo, y que desde el próximo ciclo lectivo asumirá el Rectorado de la Universidad Politécnica Salesiana.**

Nació en un pueblito llamado Villaescusa de Tobalina, en la Provincia de Burgos – España. Cerrando los ojos, el padre Javier se remonta a su infancia y cuenta que proviene de una familia pobre, de padres campesinos. De su padre tiene muy pocos recuerdos, uno de ellos, que era guardia forestal y que llegaba a la casa con peces y cañas que retiraba a los que infringían la ley; otro recuerdo, el último y muy triste, es que su padre fue herido en la guerra civil española de 1936 y lamentablemente murió, dejándole huérfano de guerra a los 4 años de edad.

## de nuestro actual rector

De los 6 años de edad recuerda que su madre trabajaba de lavandera en el hospital militar de Burgos, estos recuerdos los tiene muy presentes, al igual de los años en los que vivió con sus abuelos, los de la escuela, la nieve, las ovejas, la trilla y los veranos en su pueblo.

Admirado, y con una sonrisa como de asombro, dice que su primera comunión la hizo a los 6 años de edad, pero su recuerdo es tierno al revivir

aquellos momentos: “en una iglesia muy bonita, románica, antigua, donde había monjitas de clausura, con mi trajecito de marinero, que, por cierto, me lo habían prestado, así recibí la comunión”; sonríe y piensa en las fotos que de algún sitio estarán para desempolvar, como desempolva la etapa cuando le tocó cambiarse de barrio.

Un barrio muy popular de Burgos como es San Pedro, le abrió las puertas con cariño para acoger a su familia, y le dio la gran oportunidad de estudiar en la Escuela Marista y tener bellos recuerdos de una vaquería en donde jugaba junto con sus amigos: Marcelino y Fermín, para calentarse en los fríos inviernos.

Ahí vivió algunas travesuras, que le marcan una sonrisa en sus labios y un brillo especial en sus ojos, al decir que se acuerda tan claramente de un mes de mayo, cuando quería llevar flores a la Virgen, y con sus amiguitos se les ocurrió ir a cogerlas del parque. Sin darse cuenta, un guardia municipal los sorprendió pero “yo me zafé y a correr se ha dicho”; y otra travesurita que no la olvida nunca es cuando en un invierno, en el río congelado patinaba con sus amigos: “me pegue una caída monumental, que casi me deja sin sentido”.

Una de sus ilusiones no realizadas fue el ser botones en un banco, ya que la mayoría de niños trabajaba en eso, entregando las cuentas; otra fue estudiar mecánica en la Escuela de Artes de Oficio del Padre Aramburo, pero, como el estado les pagaba la educación a los niños huérfanos de guerra, él salió sorteado, y, a los 10 años de edad se fue a Málaga a estudiar en el Colegio de Artes y Oficios San Bartolomé; su viaje de Burgos a Málaga duró tres días y fue al estilo de lo que se ve en las películas de la Segunda Guerra Mundial, ya que, como era en tren, le pusieron su nombre en el abrigo que llevaba puesto para que en cada cambio de estación y de guardia, le hicieran la entrega respectiva como si fuera un objeto y no una persona.

Vivió de interno un año y en las misas recogía la limosna, y ayudaba hacer paquetes las monedas; un día de esos, cuando tenía 11 años, le dijo al director “quiero ser salesiano”, y le mandaron a Cadiz al aspirantado, pero como habían muchos aspirantes y no cabían todos, le mandaron a Morón de la Frontera, casa con mucha historia, quemada en la guerra. De esa época comenta: “en los estudios y en el deporte siempre fui bueno..., alguna cualidad debía tener”.

En el año 1958 ya estuvo en el noviciado, y en el año 1959, a los 16 años de edad, profesó como salesiano.

Javier Herrán llega al Ecuador cuando tenía 17 años, no recuerda si era un 30 o 31 de octubre, pero sí recuerda que llegó a Guayaquil, donde ahora está el reloj del Malecón, “pero en ese entonces no había más que una gradita”.

Maravillado, cuenta que su viaje fue en un barco cuyo nombre era Américo Vespuchi y que se demoró 20 días desde Barcelona hasta Guayaquil. Su primera impresión que tuvo al llegar fue que el país se encontraba en elecciones y toda la ciudad estaba empapelada, “eso no la había visto nunca en España”, y se acuerda tan claramente que los papeles decía vote por Perico, del partido CFP (Concentración de Fuerzas Populares), otro de los candidatos era Guevara Moreno.

Luego viajó a Quito, en un bus que tenía los asientos de madera y llegó “con el culo hecho piedra”. Sólo habían parado para cenar en Esperanza, en un restaurante antiguo, donde les sirvieron chocho, y en España el maíz sólo servía para alimentar a los cerdos, entonces pensó: “¿qué, somos puercos, a dónde hemos venido a parar”.

En la ciudad de Quito estudió el sexto curso, al igual que el primero, segundo y tercer año en el Instituto Superior Salesiano, en donde obtuvo el título de Licenciado en Pedagogía, luego de hacer su tesis.

A los 21 años llega a la ciudad de Cuenca al Colegio Agronómico Salesiano, en donde pasó tres años como profesor de matemáticas de todos los cursos: “mi sotana terminaba blanca, de tanto borrar pizarrones”. También jugaba fútbol con sus alumnos contra el equipo de la Cruz del Vado, y no se olvida de los carnavales, mojándose con agua de acequia, y con la del río Yanuncay, que era muy fría.

Tras permanecer siete años en el Ecuador, se regresa a Sevilla para estudiar en el Teologado Juan XXIII, para ser sacerdote, “el cambio mental de la Iglesia, era la opción por los pobres, la incidencia política”. Se ordenó el 31 de mayo de 1970, en una celebración a la que acudió su madre, Elena, y su hermana, Mari Carmen a quien después le celebró la misa de matrimonio; luego de esto, regresó a Cuenca, al Agronómico, en donde permaneció cuatro años.

Posteriormente se unieron las inspectorías de Quito y Cuenca, por lo cual le enviaron al Técnico de Quito, en donde los muchachos lo molestaban “por el cantadito cuencano”. Luego de esto trabajó 10 años en Zumbahua y 15 en Cayambe, trabajando en las misiones indígenas, y realizando obras como: La Casa Campesina Cayambe, el Programa de Microcréditos, Radio Mensaje, Maternidad Mitad de Mundo, Centro de Capacitación Tainatehuasi.

Tras desarrollar estas labores, en el año 1979 fue empleado del Banco Central y promotor de Desarrollo Rural Marginal de esa institución, en donde aprendió desarrollo y gestión. Allí trabajó hasta el día que cerraron el programa, a finales de 1992.

En el año 2000 le piden que vaya al Economato de la Inspectoría de los salesianos en el Ecuador, donde se crea la Fundación Consultora Don Bosco, dentro de esa entidad gestiona proyectos para todas las obras salesianas del Ecuador, consigue financiamiento por un promedio de dos millones de dólares anuales.

En este mundo de desarrollo que ha vivido por más de 35 años con organizaciones no gubernamentales, ve la necesidad de volver al aula para ver las metodologías, es por ello que, junto con la decana de Post Grados de la Universidad Politécnica Salesiana, Viviana Montalvo, organizaron un masterado en Desarrollo Local con mención en Proyectos de Desarrollo y él se apuntó, por ser uno de los promotores; actualmente está acabando la tesis para poder graduarse, pero dice que: “si hubiera sabido que la primera aplicación del masterado era ser rector, no hubiera comenzado”, ya que esta noticia le cayó como un jarro de agua fría, porque se hacía la ilusión de regresar a trabajar con los indígenas, o con los chicos de la calle; ya que su forma de ser y su experiencia, le han orientado a los sectores marginados y pobres.

Su objetivo como nuevo rector de la Universidad Politécnica Salesiana es claro: “crear un ambiente universitario que facilite a los estudiantes construirse como ciudadanos de un país que necesita ser solidario, erradicar la pobreza, ejercer la libertad y construir el bienestar colectivo”.

“La universidad se ha propuesto un nuevo camino, marcado y dirigido por la carta de navegación, que tiene un desafío académico, que al mismo tiempo implica nuevas propuestas de gestión y administración. El desafío académico de una universidad que centra su quehacer en el aprendizaje y que considera al estudiante como la razón de su existencia, requiere realizar cambios de mente, métodos, estructura y comportamientos”.

El futuro rector aspira que la gente continúe haciendo su trabajo, “porque no van a bailar a otro ritmo”, su deseo es aportar y aprender de la parte académica; otra aspiración es invitar a los estudiantes a participar en este proyecto, “de hacer una casa de estudio, donde todos aprendamos a trabajar en equipo”.